



LA HISTORIA EN CLAVE COMUNERA







LA HISTORIA EN CLAVE COMUNERA
Apuntes para una interpretación

FIDEL CORDERO

Postmetropolis Editorial

2021



Postmetropolis Editorial

Madrid

Febrero de 2021

Edición y maquetación:

Pablo Sánchez León

Cubierta:

Miguel Ángel Gil Escribano

Diseño de colección y de la cubierta:

Miguel Sigler

Ilustración de la cubierta:

“Trenzando la Historia”, de Ana Cristina Pineda

(derechos cedidos)

Referencia:

Fidel Cordero, *La Historia en clave comunera. Apuntes para una interpretación*,
Madrid, Postmetropolis Editorial, 2021, 276 pags.

ISBN: 978-84-120187-7-6



ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| ESPECULACIONES EN LA HISTORIA REMOTA | 17 |
| PROYECTOS E INTENTOS: DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN | 33 |
| LOS COMUNEROS ROMÁNTICOS: DEL UTOPISMO ILUSTRADO AL SOCIALISMO UTÓPICO | 115 |
| LA REACCIÓN MODERADA, Y ALGUNAS RESURRECCIONES | 197 |
| TRAS LA INDUSTRIALIZACIÓN, Y HASTA LA FECHA | 229 |
| REFERENCIAS | 271 |





La Historia no se repite. Pero rima
Mark Twain

Algunas cosas del pasado desaparecieron, pero otras
abren una brecha al futuro y son las que quiero rescatar
Mario Benedetti

Experiencias enterradas, olvidadas y silenciadas,
volverían a emerger de improviso
Germán Labrador Méndez

Piensa como piensan los sabios, mas
habla como habla la gente sencilla
Aristóteles





INTRODUCCIÓN

Una breve reseña biográfica

Tuve la suerte de criarme cerca de la calle de Padilla, a la que seguían hacia arriba, paralelas, las de Juan Bravo y la de Maldonado. Esto, en mi infancia, era apenas una referencia histórica lejana, carente de sentido, salvo el saber que alguien se había opuesto al gran emperador Carlos v, en general con buena imagen en aquellos años. Pero el asunto podía tener más trascendencia porque aquellos años eran aún los años en que leíamos en 1º de EGB un libro de lecturas que comenzaba de un modo tan razonable como éste: “Franco, Franco, Franco. Franco manda y todos obedecemos”. 1970. Hace poco tiempo. Y sin embargo aún se nos adoctrinaba así, en la obediencia ciega al líder. Al poder absoluto, autocrático.

Yo no sospechaba, por supuesto, entonces que los comuneros y su rebeldía contra Carlos v fueran a ser algo contrario a ese principio de autoridad absoluta, franquista o de cualquier otro tipo, pero sí que era ya consciente de que en mi mundo había dos bandos. De un lado estaba Franco, los que mandaban, y lo que se decía en los libros del colegio, ante los profesores y los frailes; del otro, lo que no se podía decir en público, lo que escuchaba mi padre en la radio, en la emisora de radio Moscú, bajando el volumen, lo que habían defendido mis abuelos en la guerra que habían perdido. Eso de la Guerra civil era de dominio público en mi entorno, casi obvio en mi barrio, imposible de eludir en el balcón de mi casa, con un tiro en la persiana de hierro. Todos los vecinos aún llamaban calle Lista — como la estación de metro— a la calle de Ortega y Gasset, y algunos llamaban calle Torrijos a la que era oficialmente calle del conde de

Peñalver. Y unos pocos recordaban aún como cárcel de Porlier el edificio de mi colegio, en la calle Hermanos Miralles, enfrente de mi balcón.

Los niños no sabíamos quiénes eran el general Porlier, ni Alberto Lista, ni los hermanos Miralles, ni menos el conde de Peñalver. Quedaban años para que supiéramos quiénes habían sido Ortega y Gasset o el general Torrijos. Pero ya estaba claro que además de dos bandos enfrentados en una guerra civil que no había acabado, uno de ellos, el vencedor, había querido también cambiar la historia. O al menos la memoria de la historia. Había querido que no se recordase al general Porlier o al general Torrijos. ¿Por qué?, pregunté. Mi padre me contestó que porque eran generales liberales. De nuevo una palabra que se me quedaba así, colgada, vacía de significado. Liberal... ¿tendría algo que ver con la libertad?

Habría de esperar hasta la adolescencia para recibir, de manos de Espronceda, un sentido heroico para Torrijos, el mártir en la lucha contra el déspota Fernando VII. Aún estos personajes, como Espronceda mismo, se me aparecerían desligados de la vieja historia de los comuneros de Castilla, allá en el siglo XVI. Pero ya serían comprensibles en un contexto vivido: el de la oposición entre los defensores de la libertad y los del orden, el de la oposición entre los defensores del cambio positivo, el llamado progreso, y los defensores de los viejos privilegios, los llamados reaccionarios contra el progreso mismo. Entonces esta era la discusión principal en todas partes: franquismo o democracia. O eso parecía. Ahí podría haber quedado todo, sin más: en el tópico de las dos Españas. En el de la búsqueda de “Europa como solución” —siendo España el problema— que Ortega precisamente había planteado con claridad. Frente al “que inventen ellos” de los defensores de la rancia tradición. La que nos quería mantener anclados en un pasado supuestamente glorioso, como “la reserva espiritual de Occidente”. Unamuno había acuñado las dos expresiones. Y yo aún no había descubierto al Unamuno de la Castilla rehecha en Comunidad. La cara simpática a los socialistas y anarquistas de Unamuno. Y a algunos castellanistas. Pero no, la fisura que me abrió nuevos horizontes no vino de las contradicciones de ningún intelectual sino de nuevo del barrio,

de la casualidad de haberme criado en la calle Hermanos Miralles / General Porlier esquina con Padilla. En el barrio de Salamanca de Madrid en los años del tardofranquismo y la transición. En ese barrio tan politizado y tan plagado de falangistas y nostálgicos del franquismo. Muchos eran compañeros míos, y algunos buena gente incluso. Y me dio tiempo —en once años da tiempo a mucho— a ver con claridad que el enemigo real de la gente no eran tanto estos *fachas*, sino las élites. Como algunos malos compañeros que se creían distintos y superiores por su nacimiento o su posición social. O por ir al colegio del Pilar en vez de a los Escolapios. Algunos, además, creían que por su capacidad eran otra casta, alejada de los fachas y los rojos vulgares. La casta predeterminada a dirigirnos, y a llevarse la parte del león, por supuesto.

Los fascistas, el enemigo de mis abuelos, apenas habían sido los verdugos, los mamporreros, en algunos casos por su condición servil o violenta, inferiorizada o rencorosa. En muchos casos por un torpe engaño que les había convertido en tontos útiles al poder. Y en pocos casos incluso por un idealismo engañoso que les hizo creer que ser fascista no era ser de izquierdas ni de derechas, sino defender ante todo su *patria*. Una supuesta patria que no veían cómo era apenas otro instrumento de dominación de las élites. Algunos lo vieron pronto, y ya en la universidad tomaron conciencia del engaño. Otros prefirieron no tomar conciencia nunca. Los más se acomodaron en la mesocracia y siguen bastante confundidos. En fin, espero que estas reflexiones puedan aclararles algo a esos viejos compañeros de clase. La idea básica —la de la oposición entre la gente común y las élites— no me ha abandonado desde entonces. Me ha hecho con los años cada vez más consciente de que no solo a nivel económico o social, sino también político, e incluso cultural, es clave para entender la historia de las sociedades humanas. Y en concreto la de mi nación. Al menos a mí me ha servido para al final llegar a entender por qué la calle Lista se rebautizó como calle de Ortega y Gasset, el defensor de las élites como directoras y motor del desarrollo social estatal. Pese a sus convicciones y su militancia republicanas. Y no como calle de Luis Araquistain, tan defensor de la cultura popular nacional. Siendo este un personaje casi tragado



FIDEL CORDERO

por la historia oficial pese a su militancia en un partido en el gobierno bastantes años.

En mi juventud, la llegada flamante del neoliberalismo, agudizada tras la caída de la Unión soviética y el bloque del Este, era la llamada a la competencia, las loas a las virtudes de la competitividad y el consumismo, como vía dinámica hacia una posmodernidad hedonista. Y esos valores dejaron pronto atrás la búsqueda de la cooperación, de la solidaridad, que quedó como algo propio de la progresía trasnochada de los setenta, de ese cristianismo renovado de los curas jóvenes de nuestra adolescencia, los de gafas de pasta y barba y vaqueros, que habían terminado por dejarlo. Competencia frente a cooperación, el dualismo de mi primera juventud estudiando ciencias sociales, interesante en la teoría y en la práctica, quedó pronto enterrado por el Nuevo mundo del marketing. Ahí los referentes eran otros: huir de lo que sonara al pasado *cutre* vivido aún en nuestra infancia. Disfrutar de una posmodernidad irreflexiva, en la que las sensaciones dominaban, buscando en todo el placer, y siempre dentro de la zona de confort, pero evitando el stress que parecía ahora la amenaza. Confort, relax, frescor, frente al stress. Ése parecía entonces el esquema de análisis vital y social dominante.

Pero cuando, tras la ilusión disipada de la posmodernidad neoliberal y el mundo ilusorio de las nuevas tecnologías, la realidad asomó de nuevo, allí volvían a estar las dos agrupaciones de siempre. Las élites, aún aturcidas, quizá resacosas, pero dispuestas a seguir al mando. Y el Común de la gente, más alienado que nunca, pero comprendiendo que sus problemas no habían acabado y sobre todo que seguía alejado del control de la situación social. Porque la gente común se sentía, y se siente todavía, desorientada, zarandeada de un lado a otro, por no se sabe quién o qué. En función de factores ajenos, que a veces llamaban crisis, y a veces crecimiento. Recibiendo consejos e instrucciones, casi siempre contradictorias. En ese contexto, despertando de un sueño, con el nuevo siglo apenas estrenado, volvían a hacer falta reflexiones y referentes de lo que pasaba, y de si otro mundo era posible, y de cómo hacerlo. Volvía la necesidad del análisis, y la necesidad de la utopía, pero ambas desde la más sólida realidad conocida. A ser posible sin tanta aparatosidad verbal, sin



tanta pedantería hueca como habían acumulado las modernas Ciencias sociales. Con palabras y razones claras, con relatos y propuestas inteligibles, desde el conocimiento de lo que había pasado ya, de errores y aciertos del pasado, y de vías posibles que apenas se habían insinuado o explorado. La Historia, la de verdad, se imponía. Y a ella volvimos, para encontrar mucho, y muy sustancioso.

Esa Historia que nos mostraba el profesor Fontana, entre otros, como análisis del pasado y al tiempo proyecto social. Era solo el principio. Había que recorrer muchos vericuetos, muchas vías muertas, muchas disciplinas auxiliares. Vagar, perderse, dejarse llevar por voces lejanas, sin dejar de saber por dónde andábamos. Y eso hicimos. Así, espero en estos *Apuntes* rescatar pensadores y sobre todo ideas que fueron arrinconadas por las élites dirigentes, pero que pueden aún hoy sernos útiles al Común, aunque sea solo como sugerencia, esbozo, pócima clandestina o arma desenterrada. Esto ya me merecería el esfuerzo. Ante el clásico de que la historia la escriben los vencedores, intentar buscar la otra o las otras historias, las de los perdedores o los emboscados. La del Común sojuzgado una y otra vez, y una y otra vez rebelde de nuevo, pidiendo paso y protagonismo, llevando el mundo, aunque no sus monumentos. Por eso, desde este entender esa tensión constante en la historia, espero aún más, aún algo más interesante por ser más paradójico: llegar a entender por qué los artistas que como Quevedo o Goya bebieron de la cultura popular, han pervivido, mientras que los que como Dalí se situaron en la élite distante han quedado como una curiosidad esperpéntica, o en el mejor de los casos como testimonio de los vicios románticos de un siglo, el xx, donde se ensalzó a tanto “enamorado de sí mismo”, tan insolidario como estéril. Esa es la visión comunera que propongo: una visión distinta a la habitual, una visión que atraviesa partidos y personajes, cruza siglos y territorios, que a veces afloró conscientemente: en el siglo xvi castellano, en el xvii inglés, entre el xviii y el xix en los nacientes Estados Unidos, en la revolución jacobina francesa, en los comuneros románticos hispanos... que se mantuvo en la memoria colectiva y serpenteó entre los autores cultos. Partiendo de quienes defendieron un punto de vista comunero radical, como Gerrard



FIDEL CORDERO

Winstanley en la Revolución inglesa de los commoners, y siguiendo por quienes se apresuraron a negarlo, como Robert Filmer con su *Patriarcha* o Thomas Hobbes. Porque estos serían replicados nada menos que por John Locke, base de la soberanía nacional de Rousseau, y base de las revoluciones contemporáneas, incluida la que se intentó en nuestras tierras cuando las guerras napoleónicas y contra el absolutismo del Altar y el Trono.

Y a partir de ahí, a vueltas con las dos posturas, desde distintos planteamientos, con diferentes nombres, pero siempre de fondo el mismo asunto: el Común soberano, o las Élités dirigiéndolo. Hasta hoy mismo, en estos comienzos del siglo XXI que muchos quieren confusos y otros desearían convulsos. Se atravesó la Ilustración porque hay ilustrados en las dos posturas muy claras. Se atravesó el liberalismo: hay radicales igualitarios frente a doctrinarios “moderados”. Se polarizó el romanticismo de forma extremada, desde carcas como Chateaubriand hasta anarquistas como Espronceda o Byron. Dividiendo hasta hoy el liberalismo entre quienes miran más a la sacrosanta Propiedad privada, los del liberalismo de las élites, los hipócritamente autodenominados *moderados* de la derecha política; frente a quienes han mirado más por la Igualdad, los que pronto serían considerados “exaltados”, evolucionando hacia posturas democráticas, republicanas, y pronto socialistas utópicas. E incluso luego, en el movimiento obrero, no todas las posturas serían comuneras. Porque pronto se plantearía de nuevo este dilema: dirigentes y partido de vanguardia versus bases y autoorganización obrera. Anarquistas individualistas stirnerianos frente a comunitarios intentando la autogestión en sus comunas. Y la tensión entre estas dos perspectivas, su dialéctica, también se internacionalizó, llevándola a las relaciones coloniales, en el siglo XX, entre metrópolis directoras y colonias explotadas que buscaban su propia soberanía. Y al tiempo, y luego, a la lucha de género; y al arte; y hasta a las comunicaciones en este comienzo del siglo XXI, que se debaten entre una opinión generada y controlada desde minorías que manejan los grandes medios de comunicación de masas, frente a la posibilidad de redes horizontales de circulación de la información directamente. Pero sigue siendo la misma lucha: O creemos en





la comunidad humana, cooperativa; o desconfiamos y creemos en una minoría directiva privilegiada y necesaria, vencedora a través de la competencia.

Pasado a recuperar o Utopía a construir

Así las cosas, parecería que en estos *Apuntes* podríamos pasar del análisis histórico de conflictos ya sucedidos a hacer propuestas utópicas. Dado que la alternativa comunera ha sido habitualmente la utopía, el proyecto, hacia el que se va avanzando pero casi siempre perdedor a corto plazo. Porque se ha vivido habitualmente en una realidad social jerarquizada, incluso oligárquica. Y que se ha resistido a perder su poder. De hecho, el origen de estas reflexiones fue un ensayo sobre las utopías, sobre un tipo de utopías peculiares que habrían existido y que convendría revisar. La hipótesis consistía en analizar proyectos utópicos de renovación social que tuvieron, paradójicamente, un enfoque pragmático, y como tales fueron ensayados. La hipótesis general partía de considerar que a lo largo de la Historia, al menos desde la Baja edad media, se habían sucedido una serie de proyectos, algunos de los cuales se experimentaron en la realidad, que siendo netamente utópicos se diferenciaron también netamente del concepto de *Utopía*. Tal como existe al menos desde la Utopía moderna por antonomasia de Tomás Moro. Tales *utopías pragmáticas* se diferenciarían, en síntesis, del concepto normalizado de utopía porque el concepto normalizado supone:

- un enfoque totalizante, donde el pensamiento utópico analiza, resuelve y da respuesta a todos los ámbitos de la existencia social humana, pretendiendo extender incluso su alcance a ámbitos que no están en principio dentro de la organización social estrictamente;
- universalizador en el espacio, tendiendo a proponer soluciones válidas para cualquier cultura. Y de ahí a menudo sus fracasos por el choque con culturas distintas de aquellas donde el proyecto utópico se forjó;

- Ideológicamente sistemático: el cambio revolucionario de las bases del orden económico y político existentes debe hacerse sustituyendo en pleno viejos constructos por otros nuevos...
- pero también un modelo demasiado obviamente coyuntural: está ligado a los sesgos y los vicios del pensamiento del momento histórico concreto en que se diseñó esa utopía. Por lo que suele estar bastante restringido su alcance. Una contradicción interna de partida. Sus debates, análisis, nuevas herramientas conceptuales y aportaciones terminológicas acaban por constituir su presencia principal.

Entre estas estaría, aparte de la de Moro, y otras del Renacimiento como la de Campanella o la de Bacon, la utopía marxista, que incluso en sus desarrollos prácticos del pasado siglo xx ha mantenido una carga teórica considerable, desempeñando una función crítica del modelo social hegemónico, hoy casi desaparecida. Sin excluir que haya implicado avances pragmáticos, por ejemplo a nivel internacional, cuando en la clásica *dinámica de bloques* el marxismo introdujo el apoyo a las luchas por la autodeterminación de las colonias.

Frente a estos modelos clásicos de utopía, lo que yo pretendía caracterizar y deslindar eran una serie de ensayos de utopías pragmáticas, comenzando por el estudio del caso de las “Nuevas poblaciones” de Sierra Morena, proyecto de Pablo de Olavide del siglo xviii. Estas se diferenciarían por:

- Una orientación originalmente práctica, dirigida a la implantación de soluciones para la organización social, quedando el análisis de la situación previa como un mero medio, instrumental, un soporte teórico. O incluso un pretexto, como trataba de mostrar en el caso de Olavide, que escribió su famoso “Informe” en 1768, cuando ya había puesto en marcha su gran experimento. O que después de ser defenestrado políticamente trataría de seguir sustentando las mismas ideas igualitarias esta vez desde una interpretación supuestamente antirrevolucionaria y cristiana en “El Evangelio en Triunfo”, en 1803;

- las construcciones teóricas, por tanto, son en estos casos meras herramientas y no fines ni el sostén del proyecto, lo que implica desarrollos teóricos más pobres e incoherentes, y menos o nada sistemáticos;
- incluso se evitan, deliberadamente, las prevenciones terminológicas propias de un enfoque analítico. Porque hay una convicción explícita o no de que se trata de cambiar las realidades económicas, no los términos ni los conceptos. Lo que en algunas supuestas revoluciones políticas acabó siendo el único cambio social objetivo constatable;
- con lo que, paradójicamente, los cambios propuestos o implantados tienen más probabilidades de ser llevados a la realidad social. Y cuando lo son, son más radicales, pese a que en su formulación previa parezcan más débiles, disimulados como simples reformas o incluso como aplicaciones rigurosas de la ideología oficial. Es el caso de tantos intentos de “vuelta” al “cristianismo original” en el reformismo priscilianista, cártaro, o incluso entre algunos frailes de órdenes mendicantes bajomedievales como Ramón Llull, cuando en su *Blanquerna* plantea otro mundo posible. El caso del humanismo erasmista, de tanto peso en el propio Moro;
- así, estas Utopías pragmáticas plantean un cambio social profundo, revolucionario las más de las veces, que arrastra cambios económicos y políticos, y no solo desde una estrategia revolucionaria de perversión del orden social de las instituciones y valores dominantes, sino incluso desde una estrategia de subversión explícita del orden establecido. Sin necesidad de partir de enfoques teóricos totalizantes alternativos explícitos, ni sistemáticos;
- retomando elementos contemporáneos junto a otros de tradiciones locales. En este sentido, aparte de más conservadores culturalmente, son más restringidos en su alcance espacial, llegando en ocasiones al particularismo y al localismo en sus propuestas;



FIDEL CORDERO

— por lo que, curiosamente, sus planteamientos y sus logros, su presencia en la memoria colectiva, se prolonga más en el tiempo, reapareciendo sus sucesivos intentos de implantación, en ocasiones separados por siglos. Conservándose incluso cuando la represión oficial intenta suprimir su pervivencia. De algún modo, es como si esa presión eliminase el recuerdo abierto de los ensayos utópicos, pero al tiempo enterrase en el ámbito de lo secreto, misterioso y popular, emocional y legendario, la memoria de sus sueños, siempre menos desgastados.

